

# **EL CAMINO HACIA MÍ MISMO**

**DANIEL RODRÍGUEZ MOLOWNY**

# ÍNDICE

<b>Prólogo</b> .....	<b>7</b>
<b>Primera parte. El final del camino</b> .....	<b>9</b>
1. El Teide .....	11
2. Natalia .....	17
3. Tormento .....	22
4. Un poco más abajo .....	33
<b>Segunda parte. El despertar</b> .....	<b>45</b>
5. Krishnamurti .....	47
6. Sandra .....	50
7. Otra vez Natalia .....	57
8. María Pestana .....	60
9. La relación no-relación .....	64
10. El infierno .....	68
11. Muerte .....	76
12. Resurrección .....	79
13. El cielo .....	83
14. Felipe .....	92
15. La resaca .....	100

**Tercera parte. La búsqueda . . . . . 113**

16. Sergi . . . . . 115

17. París . . . . . 122

18. Lidia . . . . . 128

19. Un curso de milagros . . . . . 134

20. Esmeralda . . . . . 153

21. Kryon . . . . . 157

22. La búsqueda . . . . . 168

23. Miedo . . . . . 195

24. Perú . . . . . 210

25. Déjà vu . . . . . 234

26. Retiros . . . . . 255

27. Joe. . . . . 270

**Cuarta parte. La Luz . . . . . 277**

28. No dualidad. . . . . 279

29. Lisa . . . . . 288

30. La vida . . . . . 293

31. Alba . . . . . 314

32. Cuarentena . . . . . 329

**Epílogo . . . . . 341**

## PRÓLOGO

La vida es un viaje. Esta frase la hemos oído en más de una ocasión. Los viajes traen a nuestra experiencia nuevos, y a veces sorprendentes, paisajes. Establecemos contacto con gentes y culturas ajenas a nosotros, que enriquecen nuestro conocimiento. Cada vez que viajamos nos gusta compartir en forma de relato, ya sea oral o escrito, lo que hemos vivido. Queremos sorprender o entretener a quienes nos escuchan con escenas o anécdotas nunca vividas por ellos.

La vida, si asumimos que es un viaje, nos lleva a experimentar situaciones que calificamos como positivas o negativas, según sean o no de nuestro agrado. Nuestro relato de estas vivencias en ocasiones comienza con un «¿sabes lo que me pasó el otro día?». Es como si al compartir quisieras expresar y aprender de esa experiencia al máximo, y al mismo tiempo, de una manera inconsciente, hacer que nuestro interlocutor aprenda de nuestra experiencia.

De repente, llega a nuestras manos un libro titulado *El camino hacia mí mismo*. El título en sí llama la atención; el ser humano relaciona la palabra «camino» con trasladarse de un lugar a otro, con todos los preparativos que ello conlleva. A pocos se les pasa por el pensamiento la posibilidad del viaje interior, quizá porque suponemos que nos conocemos, o que ya sabemos todas las posibilidades que ofrece el campo de la conciencia. Cuando nos hablan de un viaje físico, ya tenemos un marco de referencia: el aeropuerto, los billetes, reservas de hotel, etc. Pero cuando nos hablan de ir hacia el interior, la mente, no habituada a este tipo de relatos, tiene que crear un nuevo marco referencial que desafía sus creencias. Si en el hecho de crear un nuevo marco de referencia ya

supone un desafío, cuando se escucha el contenido del relato de ese viaje resulta difícil, por no decir imposible, hacer encajar lo que nos cuentan con nuestras creencias.

Por su contenido, nada usual, esta obra puede incomodar, generar polémica. Esto parece inevitable cuando alguien se despoja de los convencionalismos y expresa su visión de las cosas; si esta va más allá de lo que consideramos aceptable, la reacción adversa es previsible.

Por el contenido de este libro me atrevo a decir que si Friedrich Nietzsche conociese al autor diría: «Zaratustra, he aquí a uno de tus herederos. Igual que tú será objeto de la burla de los hombres. Pero eso no lo detendrá para hablar desde el corazón a aquellos que quieran escuchar».

Me viene a la memoria la alegoría de la caverna, que aparece al principio de la obra de Platón *La República VII*. Se trata básicamente de la descripción de una situación ficticia que ayudaba a entender el modo en el que Platón concebía la relación entre lo físico y el mundo de las ideas.

Daniel Rodríguez Molowny parece haber salido de la caverna y experimentado el mundo de las ideas. De igual manera que en la alegoría, explicar lo que hay fuera a los que nunca han salido de la caverna parece una tarea complicada.

Se puede sacar mejor partido de nuestras experiencias. Eso parece hacer el autor cuando expone sus vivencias y sentimientos de una manera tan honesta que puede incomodar al lector. Y de una forma poco vista las traslada, como elemento transformador, a ese viaje interior que él nos expone, con unos resultados sorprendentes para la mayoría de nosotros.

Esta obra puede que nos impacte, que nos deje indiferentes, que nos divierta. Pero si nos lanzamos a leer sus páginas dejando a un lado nuestras creencias, quizá podríamos, como viajeros, añadir a nuestro conocimiento la experiencia de otro viaje, aunque no sea el nuestro.

FELIPE BOQUETALE

PRIMERA PARTE  
EL FINAL DEL CAMINO

## ***El final del camino***

*Reconocer que todo ha fracasado es el comienzo de un nuevo viaje. Reconocer que «Todo lo que había conseguido lo he perdido», es el comienzo de una nueva búsqueda por algo que no puede perderse. Cuando uno está completamente desilusionado del mundo y de sus éxitos, solo entonces se vuelve espiritual.*

*Un hombre pobre nunca lo es tanto, porque aún le quedan esperanzas: un día u otro el destino derramará bendiciones sobre él; cualquier día podrá conseguirlo, llegará. Puede tener esperanzas. El rico ya lo ha conseguido, ya ha cumplido sus expectativas y de pronto se da cuenta de que no ha conseguido nada. Ha satisfecho todas sus esperanzas y, sin embargo, no ha conseguido nada. Ha llegado, pero no ha llegado en absoluto; todo el viaje ha sido en sueños. No se ha movido ni un simple centímetro.*

*La persona que tiene éxito en lo mundano siente el dolor del fracaso como nadie más puede sentirlo. Existe un proverbio que dice: 'El éxito es el mayor triunfo'. A mí me gustaría decirte: no hay mayor fracaso que el triunfo. Pero esto no lo puedes saber a menos que hayas tenido éxito. Cuando tienes a tu disposición todas las riquezas con las que habías soñado, que habías planeado, por las que te habías esforzado, justo en medio de todas esas riquezas está el mendigo: vacío y hueco en el fondo de su ser; sin nada en su interior, todo en el exterior.*

*De hecho, cuando todo está en el exterior se convierte en un contraste. Simplemente enfatiza tu vacío y la nada en tu interior. Simplemente enfatiza tu mendicidad y pobreza interiores. Una persona rica conoce la pobreza mejor que ningún pobre pueda conocerla jamás.*

OSHO

## 1. EL TEIDE

**E**l final del camino, cuando se vive, no se vive como un final. Por lo menos en mi caso fue un estado mantenido durante varios años en los que todo pierde cada vez más sabor, aunque no era consciente de lo que estaba pasando. Sí veía que había un problema conmigo mismo. Veía a cualquiera disfrutar de cosas sencillas como estar en la playa o de picnic con los amigos. Cosas que todo el mundo disfrutaba. Menos yo. Yo era consciente únicamente de la incomodidad física de estar allí comparado con el sofá de casa; solo tenía ganas de regresar a mi «agujero cómodo». Pero ahí tampoco me encontraba bien.

No sabía que el problema era que estaba vacío, que estaba muerto. No sabía que el hecho de haber alcanzado todas mis metas mundanas, dictadas por mi ego, en lugar de hacerme sentir feliz me hacía sentir vacío como paso previo a descubrir que realmente no eran metas. Que la vida no es eso. ¿Pero entonces qué es? Toda la vida formándote para un futuro, trufada de objetivos, carrera, un buen trabajo, dinero, viajar, una casa, hijos, un buen estatus, reconocimiento, prestigio, cariño de la gente... Sí, hasta eso tenía. Nunca fui un mal tipo y la gente no me miraba con malos ojos. Lo tenía todo, todo lo que había podido imaginar y anhelar, y lo que sentía en mi vida era lo opuesto a la plenitud. Era vacío.

*«Un rico conoce la pobreza como un pobre no la podrá conocer jamás».*



Guau. Estaba exactamente ahí, pero no tenía la más remota idea de que semejante cosa fuera siquiera posible...

En ese estado todo se deteriora, la relación con la pareja, con los hijos, con cualquier persona en realidad. Es lento, dura varios años, poco a poco dejas de viajar, de tener vida social, vida conyugal... Lo único que importa es sacar a la familia adelante, pero se vive como un deber, sin sabor, sin alegría, sin disfrute, como un robot.

El primer atisbo de un rayo de vida fue a finales de 2009. Ese año habíamos ido una semana a Egipto con Ara y Joaquín, y la verdad es que estuvo genial, María y yo lo disfrutamos mucho. Quedamos para hacer algo más a finales del año y salió un viaje a Malasia de 15 días. Llegado el momento María se echó atrás y dijo que no iba a ir, que si las niñas eran muy pequeñas, etc. Yo hacía tiempo que había dejado de viajar, de ir a los torneos de fútbol, a los viajes de esquí, de salir por ahí, todo en aras de mejorar la vida conyugal y familiar, pero ni tan siquiera ocurría eso; todo se hacía gris y más gris. Así que decidí que yo iba a ir a ese viaje, con María o sin ella. Y fui y lo pasé muy bien, y fue el principio de volver a hacer cosas para mí mismo en lugar de seguir los «deberes». El final del camino se iba aproximando. Pero aún quedaban años... Tras cada final de camino hay un inicio de camino, aunque aún no se veía ni una cosa ni la otra.

Sin embargo empezó un cambio. La pareja no funcionaba, tampoco es cuestión de entrar en detalles, pero es cierto que María se conformaba con lo que había y yo no. Normalmente suele ser el hombre el que se deja ir y la mujer la que un día se sienta y dice «tenemos que hablar». En nuestro caso era al revés y cuando decidí que iba a volver a vivir por mi cuenta, independientemente de que ella se apuntara o estuviera de acuerdo o no, eso supuso un disparo a la línea de flotación de la pareja, pues pasaba a darnos igual a los dos

el estado en que estuviera la relación. Y no, el tiempo por sí mismo nunca arregla nada.

Después de varios años sin salir, con una vida social reducida a llevar a las niñas a los cumpleaños de sus amigos y alguna quedada esporádica con los amigos de María (que dicho sea de paso siempre me cayeron muy bien), y una buena época en la que Ara y Joaquín seguían viviendo en Las Palmas y nos dedicábamos a jugar al póker en casa, empecé a salir por mi cuenta con amigos míos.

Como llevaba años fuera de onda todo había cambiado: los que salían conmigo antes se habían ido a la península, o tenían bebés y los que no salían ahora eran ellos. Tras un periodo de tanteo me di cuenta de que mis nuevos mejores amigos eran Juan, un chico que acababa de llegar, y Sandra, que llevaba más tiempo aquí pero no habíamos coincidido. Siempre me gustó improvisar y era un plan bastante típico y divertido organizar una cena al vuelo mientras trabajábamos en el turno de tarde. Hubo un día en que la cosa se decantó de forma natural hacia Juan. Le propuse a Sandra montar una cena y nos pusimos a ello. Ella pretendía quedar con una amiga suya, solo los tres. Yo quería avisar a Juan, pero él ya había quedado con una buena pandilla, la suya, unas quince personas. Fuimos los dos para allá. Durante algunos años Sandra y yo dejamos de salir juntos; ella prefería planes íntimos con poca gente y ese día la pandilla de Juan me acogió en su seno, y yo prefería eso. Conocí a Paloma, su pareja, a Andrés, Jesús, Javier, Natalia... Y desde entonces, en mi segunda juventud, ellos fueron mis amigos. Estaban muy unidos; me recordaban a mi propia promoción en la época en que acabábamos de llegar a la isla, pero eran más sanos; de los de mi promoción me había ido aislando porque reventaban demasiado la noche. Andrés y yo estábamos como infiltrados en esta pandilla de recién llegados, pero integrados con ellos; siempre fuimos uno más a sus ojos.

2010 fue un año difícil para los controladores aéreos. Tras una campaña de difamación orquestada a finales de 2009, en febrero de 2010 nos colocaron el primer decretazo que laminaba completamente el convenio colectivo. Recuerdo un día jugando con mi hija Laura e interrumpiendo el juego porque me tenía que ir a trabajar. Me dijo:

–Papi, ¿por qué no podemos seguir jugando? Ahora trabajas mucho.

–Es que ahora es así.

–¿Qué pasa, que tu jefe es malo?

–Algo de eso hay.

–Papi, ¿tú le puedes decir a tu jefe que te deje trabajar como antes, que casi no ves a tus hijas?

Aguanté las lágrimas a duras penas pues, mientras la prensa nos acusaba de hacer huelga encubierta y demás lindes, una mente no condicionada por la información y que juzga por sí misma, a sus 7 años, me dice eso...

En diciembre de ese año fue el famoso cierre del espacio aéreo, el estado de alarma, la militarización, etc. El 4 de diciembre a mí me tocaba el turno de mañana. Anímicamente fue el peor día de mi vida; me destruyó como persona. Al terminar aquella pesadilla recuerdo estar en la cama sin energía, yo solo, después de días aislado sin ver a la familia siquiera y soportando una presión social y mediática exageradas. Solo respiraba; no podía levantarme ni hacer nada. Oí abrirse la puerta de casa y a Laura preguntar: «¿Está papi?», y escuché su carrera escaleras arriba. Después de haber sido insultados hasta la náusea, incluso por parte de «amigos» desinformados que daban por cierto todo lo que oían en los medios y no se paraban a pensar en lo mal que me encontraba, entró Laura corriendo en la habitación, me abrazó y me preguntó: «Papi, ¿estás bien?». Eso era todo lo que necesitaba. No era tan difícil. Intenté no llorar para no preocuparla

ni tener que explicarle a una niña algo que no entendía ni yo. Pero por dentro lloré mucho. Mucho.

Para cerrar este capítulo y situar el escenario a punto de empezar la acción, otra cosa reseñable fue una excursión que hicimos unos amigos a principios de 2011 para alcanzar la cumbre del Teide y ver amanecer desde allí. En invierno, con el monte helado y la mitad de nosotros sin crampones. Me sirvió para muchas cosas. Los que sí tenían crampones nos sujetaban a los que no al atravesar las placas de hielo más grandes y peligrosas. A mí me tocó con Roberto. Era un pilar; me sentía seguro entregándole mi vida. Él, además, en algunos momentos usaba las fuerzas que le sobraban para regalármelas a mí, empujándome unos metros cuesta arriba. Sin pedírselo, pero agradeciéndolo mucho, pues a mí más que sobrarme me faltaban fuerzas. Se puede comprender el valor profundo de la amistad y del servicio sin cruzar una sola palabra. Sabes que estás en buenas manos, que tu vida está segura, y que lo que quiera que él tenga te lo va a dar. Gracias, Roberto. Aprendí sobre amistad y gratitud. También aprendí sobre resiliencia. Se me hizo muy duro y, si conseguí llegar a la cumbre, fue por centrarme en lo que podía hacer «en este mismo momento» sin pensar en lo que quedaba por delante, y que consistía únicamente en dar un paso más. Solo uno. Si hubiera pensado en 2, 3, o 10 no habría podido más, pero siempre podía dar solo un paso más. Y así, uno a uno, se acaba llegando a la cumbre. Y tiene premio. El amanecer allí arriba con la sombra del Teide proyectada sobre el horizonte es de las cosas más bonitas que he visto nunca.

Pequeños hilillos me reconectaban a la vida. Las niñas. La amistad. Los infiernos. Yo mismo conquistando cosas que parecían imposibles... Y de pronto ocurrió algo que lo volcó todo y que me hizo sentir muy vivo. Marcó la transición entre el final del camino y el inicio de otro. Pero fue una transición larga, 4 años. Y dura. Muy dura.